De los cuidados a la «cuidadanía»: el cuidado como fundamento de una sociedad verdaderamente humana

Resumen de la ponencia de José Laguna Matute en la Jornada Interdiocesana de Cristianos en la Vida Pública de Extremadura

En la Jornada Interdiocesana de Cristianos en la Vida Pública, celebrada en Miajadas bajo el lema «La sociedad de los cuidados», el teólogo José Laguna Matute planteó una reflexión sobre el cuidado como fundamento de la convivencia humana y criterio para transformar nuestras estructuras sociales, económicas y políticas. Su propuesta central fue avanzar de una sociedad que considera el cuidado una responsabilidad privada a otra que lo reconoce como un compromiso colectivo y político, lo que denominó «cuidadanía».

El cuidado sostiene toda la vida humana

Laguna comenzó recordando una realidad que, por evidente, suele pasar inadvertida: todos estamos vivos porque alguien nos ha cuidado. Ninguna sociedad podría existir sin las relaciones de atención, afecto y ayuda mutua que sostienen la existencia cotidiana. El cuidado no pertenece exclusivamente al ámbito sanitario, familiar o asistencial, sino que está presente en la educación, el trabajo, las relaciones sociales y las instituciones.

Inspirándose en el pensamiento de Hannah Arendt, distinguió tres ámbitos fundamentales de la existencia: la casa, donde se reproduce y sostiene la vida; el trabajo, donde se producen bienes y servicios; y el espacio público, donde se organiza la convivencia y se busca el bien común. Históricamente, el cuidado ha quedado relegado al primero de estos ámbitos y vinculado especialmente a las mujeres, mientras que la producción económica y la actividad política han recibido mayor reconocimiento social.

Para Laguna, esta separación resulta insostenible. El cuidado debe salir del ámbito exclusivamente doméstico y convertirse en un principio organizador de toda la sociedad.

Una economía que produce riqueza, pero invisibiliza los cuidados

Uno de los argumentos más significativos de la ponencia fue la contradicción existente entre una economía orientada a la producción y el consumo y las necesidades reales que permiten sostener la vida.

El ponente señaló que los trabajos domésticos y los cuidados familiares, aunque imprescindibles para el funcionamiento de cualquier país, apenas reciben reconocimiento económico cuando no son remunerados. La sociedad productiva descansa sobre una extensa red de trabajos invisibles que hacen posible que las personas puedan alimentarse, descansar, recuperarse de sus enfermedades y acudir diariamente a sus empleos.

Esta contradicción se agrava por el envejecimiento de la población y las llamadas cadenas globales de cuidados. Muchas sociedades occidentales recurren a mujeres procedentes de países empobrecidos para atender a sus mayores y dependientes, mientras esas trabajadoras deben dejar a sus propias familias al cuidado de otras personas.

Laguna relacionó esta crisis con otra más amplia: la dificultad de conciliar nuestros modelos de producción y consumo con la sostenibilidad ambiental y la reproducción de la vida. No basta con producir más si, al hacerlo, deterioramos las condiciones que permiten vivir dignamente.

De la ciudadanía a la «cuidadanía»

El núcleo de la intervención fue su propuesta de «cuidadanía», entendida como una forma de organizar la convivencia desde nuestra vulnerabilidad e interdependencia.

Frente a una concepción de la ciudadanía centrada fundamentalmente en la autonomía individual, los derechos y la participación política, la «cuidadanía» incorpora el reconocimiento de que todos necesitamos ser cuidados y tenemos responsabilidades hacia los demás.

Esto exige que el cuidado no dependa únicamente de la generosidad familiar, del voluntariado o de las organizaciones sociales, sino que también se traduzca en políticas públicas, corresponsabilidad social, reconocimiento del trabajo doméstico y distribución más justa de las tareas de atención.

En consecuencia, una sociedad de los cuidados no se construye solamente multiplicando servicios asistenciales. Requiere transformar las prioridades económicas y políticas para colocar en el centro a las personas, especialmente a quienes experimentan mayor fragilidad.

La proximidad como respuesta a la indiferencia

Durante el diálogo posterior, Laguna abordó también la dificultad de cuidar a quienes se encuentran en las periferias más rechazadas de la sociedad, incluidas las personas encarceladas por delitos graves.

Inspirándose en la parábola del buen samaritano y en Fratelli tutti, destacó la importancia de la proximidad. Acercarse a quien sufre permite descubrir a la persona que existe detrás de sus circunstancias, comportamientos o errores, sin negar por ello la responsabilidad ni las exigencias de la justicia.

Advirtió asimismo del riesgo de una sociedad permanentemente expuesta al sufrimiento a través de las pantallas, pero incapaz de responder concretamente a él. La acumulación de tragedias lejanas puede provocar impotencia, frustración e inhibición. Frente a ello, defendió la necesidad de recuperar relaciones cercanas que permitan convertir la compasión en compromiso efectivo.

La humanidad comienza cuando decidimos cuidar al más vulnerable

Laguna concluyó su ponencia con una imagen especialmente expresiva: el descubrimiento del llamado «Cráneo 14» en Atapuerca, perteneciente a una niña prehistórica conocida como Benjamina, que presentaba una grave alteración craneal y sobrevivió durante años gracias, según la interpretación expuesta por el ponente, al cuidado de su comunidad.

Este hallazgo le sirvió para formular una reflexión decisiva: la humanidad no se define únicamente por sus capacidades técnicas, su inteligencia o su productividad, sino también por su disposición a proteger a quienes no pueden valerse por sí mismos.

Una comunidad se hace verdaderamente humana cuando decide que la vida de la persona más frágil merece ser sostenida, aunque no pueda aportar ningún beneficio material.

La conclusión de José Laguna fue que el cuidado no constituye una cuestión secundaria ni una simple expresión de solidaridad privada: en él nos jugamos nuestro futuro como sociedad y nuestra propia humanidad.

Desde la perspectiva de los cristianos comprometidos en la vida pública, su ponencia representa una invitación a superar una caridad limitada a la asistencia individual para promover también la justicia, la corresponsabilidad y la transformación de las estructuras que generan abandono y exclusión. La «cuidadanía» propone, en definitiva, construir una sociedad en la que nadie sea considerado prescindible y donde cuidar y dejarse cuidar forme parte de nuestra manera de vivir juntos.